

VICUUNES!

continúa.

El segundo paseo fue en coche. Hubimos en él el padre que nos acompañaba, conductor del coche, y cuatro niños.

Dos horas y media estuvimos en el coche, mientras que éste recorrió las cuatro leguas y media, antes de llegar al castillo de X... Aunque no es el mejor de los cinco que he conocido aquí, es no poco bonito; tiene jardines, fuentes y un bosque; la dueña es una señorita de ochenta años, dama muy buena y bienhecho. ra insigne del Colegio del Calvario. Entre lo mucho que nos dio a conocer, nos mostró dos cabezas de ciervo, enviadas por un misionero del Canadá, una de ellas es más grande que la de un caballo; los cuernos son enormes. A mediodía estuvimos en el comedor; inútil es hablar de lo exquisito de los manjares, de lo delicado y delicioso de los bocados con que me regaló aquella vez; esas frutas tan dulces, que nunca había comido antes de llegar a esta tierra, me daban un rico sabor; cierto es que quedé sin ganas de volver pronto a casa. Aca-

bado el almuerzo, la señorita nos ofreció juegos y diversiones, como pescar ranas que se, pero nosotros escogimos a respirar el aire puro, paseámonos por el bosque. Allí, sentados unos, y de pie otros, yo canté el bello himno Nacional Colombiano y los demás cantaron algunas canciones, de las que se cantan en los paseos durante el año. Así pasamos las primeras horas de la tarde, cantando y riendo al pie de unos árboles. Volvimos al castillo y antes de partir nos tenían preparada una mesa llena de comestibles, en la sombra y al pie de unos árboles frondosos había también un fonógrafo que reía y hablaba y cantaba con toda gana y mientras que nos recreaba con sus lindas piezas, nosotros nos regalábamos con los ricos manjares servidos en la mesa: vino, galletas, ciruelas etc... La señorita a pesar de sus ochenta años, pues parecía que no tuviera sino cuarenta; caminaba como una niña por toda la casa buscando con que divertirnos y prestándonos toda clase de comodidades, ella estaba satisfecha cuando veía que nada nos faltaba; que bella